

*Aficiones y resoluciones.*

1. Confúndete reprendiendo á tu alma su miseria, que por lo pasado ha sido tan grande, que no ha pensado en todo ello ni poco ni mucho. ¡Ay de mí! (dirás tú) ¿en qué ocupaba yo mi pensamiento ¡oh, Dios mío! cuando no pensaba en ti? ¿De qué me acordaba yo cuando á ti te ponía en olvido? ¿Dónde se encaminaba mi amor cuando no amaba á ti? ¡Ay de mí! yo debía apacentarme de la verdad, y me henchía de la vanidad y servía al mundo, que sólo se hizo para servirme á mí.

2. Abomina la vida pasada. Yo os renuncio, pensamientos vanos é imaginaciones inútiles. Yo os abjuro, ¡oh, memoranzas detestables y frívolas! Yo os renuncio, amistades infieles y desleales, servicios perdidos y miserables, gratificaciones ingratas, complacencias enfadosas.

3. Conviértete á Dios. Y tú, mi Dios y mi Señor, tú serás de aquí adelante el solo objeto de mis pensamientos; jamás aplicaré mi espíritu á imaginaciones que no te agraden. Mi memoria se llenará todos los días de mi vida de la grandeza de tu mansedumbre, usada con tanta dulzura para conmigo. Tú serás el regocijo y los deleites de mi corazón, y la suavidad de mis aficiones.

Tales, pues, y tales quimeras y entretenimientos á que yo me aplicaba; tales y tales vanos ejercicios en que empleaba mis días; tales aficiones que empeñaban mi corazón, tendré de aquí adelante en aborrecimiento; y con esta intención, me aprovecharé de tales y tales remedios.

*Conclusión.*

1. Agradece á Dios que te ha hecho para un fin tan excelente. Tú me has hecho, ¡oh, Señor! para ti, para que goce eternamente la inmensidad de tu gloria. ¿Cuándo seré digna de ella y cuándo te bendeciré como debo?

2. Ofrece. Yo te ofrezco, ¡oh, mi amado Criador! todas estas mismas aficiones y resoluciones con toda mi alma y todo mi corazón.

3. Ruega. Yo te suplico, ¡oh, Dios! tengas por bien de aceptar mis deseos y votos, y dar tu santa bendición á mi alma para que los pueda cumplir, por el mérito de la sangre de tu Hijo, derramada en la cruz, etc.

*Haz el ramillete de la devoción.*

## CAPÍTULO XI

## MEDITACIÓN III. DE LOS BENEFICIOS DE DIOS.

## PREPARACIÓN.

1. Ponte en la presencia de Dios.
2. Ruégale que te inspire.

## CONSIDERACIONES.

1. Considera las gracias corporales que Dios te ha dado, qué cuerpo, qué comodidades para mantenerle, qué salud, qué consolaciones, qué asistencias; pero considéralo con una comparación de tantas otras per-

sonas que valen más que tú, las cuales carecen de estos beneficios. Los unos gastados de cuerpo, de salud y miembros; los otros puestos á la merced de los oprobios, del menosprecio y de la deshonra; los otros re-matados de pobreza; y Dios no ha querido que tú fueses tan miserable.

2. Considera los dones del espíritu: cuantos hombres hay en el mundo torpes, rabiosos, insensatos, y ¿por qué no eres tú del número de ellos? Hate favorecido Dios. ¡Cuántos hay que han sido criados rústicamente y en una extrema ignorancia, y la divina Providencia te ha dado una honrada y civil crianza!

3. Considera las gracias espirituales, ¡oh, Filotea! Tú eres de los hijos de la Iglesia; Dios te ha enseñado su conocimiento desde tu juventud. ¡Cuántas veces te ha dado sus sacramentos! ¡Cuántas veces inspiraciones, luces interiores y reprensiones para tu enmienda! ¡Cuántas veces te ha perdonado tus faltas! ¡Cuántas veces librádote de las ocasiones á que en tu ruina y perdición estabas expuesta! ¿Y los años pasados no han sido ellos un espacio y comodidad para adelantarte en el bien de tu alma? Mira un poco por lo menudo cuán dulce y propicio te ha sido Dios.

#### *Aficiones y resoluciones.*

1. Maravíllate de la bondad de Dios. ¡Oh, que mi Dios es bueno para conmigo! ¡Oh, que es bueno! ¡Oh, que tu corazón, Señor, es rico de misericordia y liberal con mansedumbre! (1) ¡Oh, mi alma! con-

(1) Salmos, LXXXIV, 5.

temos para siempre cuántas gracias nos ha hecho.

2. Maravíllate de tu ingratitud. ¿Pero qué cosa soy yo, Señor, que tú hayas tenido memoria de mí? (1) ¡Oh, que mi indignidad es grande! ¡Ay de mí, que yo he atropellado tus beneficios y he deshonrado tus gracias convirtiéndolas en abuso y menosprecio de tu soberana bondad! Yo he opuesto el abismo de mi ingratitud al abismo de tu gracia y favor.

3. Despiértate en el reconocimiento. Ea, pues ¡oh, mi corazón! no quieras ser más infiel, ingrato y desleal á este gran bienhechor. ¡Y cómo, alma mía, no serás tú desde hoy sujeta á Dios (2), que ha hecho tantas maravillas y gracias en mí y por mí!

Retira, pues, Filotea, tu cuerpo de tales y tales voluntades; sujétale al servicio de Dios, que ha hecho tanto por él; aplica tu alma para conocerle y reconocerle con tales y tales ejercicios, que para ello se requieren. Emplea, con mucho cuidado, los medios que la Iglesia tiene para salvarte. Yo amaré á Dios, sí; yo frecuentaré la oración y los sacramentos; yo oiré la santa palabra; yo practicaré las inspiraciones y los consejos.

#### *Conclusión.*

1. Agradece á Dios el conocimiento que ahora te ha dado de tu deber, y de todos los beneficios que ya has recibido.

2. Ofrécele tu alma con todas tus resoluciones.

3. Ruégale que te fortalezca para practicarlas fielmente por el mérito de la muerte de su Hijo; implora

(1) Salmos, VIII, 5.

(2) Idem, LXI, 1.

la intercesión de la Virgen y de los santos. *Pater noster, Ave Maria.*

*Haz el ramillete espiritual.*

## CAPÍTULO XII

### MEDITACIÓN IV. DE LOS PECADOS.

#### PREPARACIÓN.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Ruégale que te inspire.*

#### CONSIDERACIONES.

1. Piensa cuánto ha que comenzaste á pecar, y mira cuánto se han multiplicado los pecados en tu corazón desde ese primer principio, y cómo todos los días los has ido acrecentando contra Dios, contra ti misma, contra tu prójimo, por obra, por palabra, por deseo y pensamiento.

2. Considera tus malas inclinaciones y cómo las has seguido; y por esos dos puntos verás que las culpas son en mayor número que los cabellos de tu cabeza y aun el arena de la mar (1).

3. Considera aparte el pecado de la ingratitud para con Dios, que es un pecado general, que se extiende y dilata por todos los otros, y los hace mucho más enormes. Mira, pues, cuántos beneficios te ha hecho Dios, y que de todos ellos has abusado contra él, que te los

(1) Salmos, xxxix, 13.

dió; particularmente cuántas inspiraciones menospreciadas, cuántos buenos movimientos hechos inútiles, y sobre todo, cuántas veces has recibido los sacramentos, y dónde están los frutos de ello. ¿Qué se han hecho esas preciosas joyas con que tu querido esposo te había hermoseado? Todo lo han cubierto tus iniquidades. ¿Con qué preparación las has tú recibido? Revuelve esta ingratitud en tu pensamiento, que habiendo Dios corrido tanto tras ti para salvarte, siempre le has huído el cuerpo para perderte.

#### *Aficiones y resoluciones.*

1. Confúndete en tu miseria. ¡Oh, mi Dios! ¿cómo me atrevo á parecer delante de tus ojos? ¡Ay de mí! Yo no soy otra cosa que una postema del mundo y un remate de ingratitud é iniquidad. ¿Es posible que yo haya sido tan desleal que ni siquiera uno de mis sentidos, ni una de las potencias de mi alma, no he dejado que no haya gastado, violado y ensuciado, y que no se ha pasado un solo día que no haya producido tan depravados efectos? ¿Es este el cambio con que yo debía pagar los beneficios de mi Criador y la sangre de mi Redentor?

2. Pide perdón; y arrójate á los pies del Señor como un hijo pródigo, como una Magdalena, como una mujer que con toda suerte de adulterios ha manchado el lecho de su matrimonio. ¡Oh, Señor! misericordia sobre esta pecadora. ¡Ay de mí! ¡Oh vivo manantial de compasión! ten piedad de esta miserable.

3. Propón de mejorar tu vida. ¡Oh, Señor! nunca más, mediante tu gracia; no, no, nunca me arrojaré más al pecado. ¡Ay de mí, que no he hecho otra cosa

sino amarle demasiado! Yo le abomino y te abrazo, ¡oh, Padre de misericordia! Yo quiero vivir y morir en ti.

4. Para borrar los pecados pasados, me acusaré animosamente de ellos, sin que quede alguno que no despidas y lance de mí.

5. Yo pondré lo último de mis fuerzas para desarraigar enteramente de mi corazón las plantas de ellos, particularmente de tales y tales que más me enfadan.

6. Y para hacerlo, abrazaré con mucha constancia los medios que me fueren aconsejados, pareciéndome que jamás podré cumplir para reparar tan grandes faltas.

#### Conclusión.

1. Agradece á Dios que te ha esperado hasta la hora presente y te ha dado estas buenas aficiones.

2. Hazle ofrenda de tu corazón para efectuarlas.

3. Ruégale que te mortifique, etc.

## CAPÍTULO XIII

### MEDITACIÓN V. DE LA MUERTE.

#### PREPARACIÓN.

1. Ponte en la presencia de Dios.

2. Pídele su gracia.

3. Imagina que estás en la cama enferma: y sin esperanza ninguna de escapar de la muerte.

#### CONSIDERACIONES.

1. Considera la incertidumbre del día de tu muerte. ¡Oh alma mía! un día has de salir de este cuerpo,

¿cuándo será? ¿Será en invierno ó en verano? ¿En la villa ó en la aldea? ¿De día ó de noche? ¿Será de repente ó con aviso? ¿Será de enfermedad ó de accidente? ¿Tendrás tiempo para confesarte ó no? ¿Asistiráte tu confesor y padre espiritual? ¡Ay de mí, alma mía, que de todo esto no sabemos nada! Sólo es seguro que moriremos, y que siempre es más presto de lo que pensamos.

2. Considera que entonces el mundo se acabará para contigo, que no tendrá más para ti, que volverá lo de arriba abajo delante de tus ojos; porque entonces los placeres, las vanidades, los gustos mundanos, las aficiones vanas, se nos representarán como nubes y fantasmas. ¡Ah, pobre de mí, y por qué juguetes y quimeras he ofendido á mi Dios, pues le he dejado por nada! Al contrario, la devoción y las buenas obras te parecerán entonces tan dulces y dignas de desearse. ¡Ay de mí! ¿Por qué no he seguido este hermoso y agradable camino? Entonces los pecados que parecían pequeños te parecerán grandes como montañas y pequeña tu devoción.

3. Considera las grandes y ansiosas despedidas que hará tu alma de este mundo: despediráse de las riquezas y vanidades, de las vanas compañías, de los placeres y pasatiempos, de los amigos y vecinos, de los parientes é hijos, del marido y de la mujer, y de toda criatura, y al fin, de su cuerpo, el cual dejará amarillo, espantoso, deshonesto, feo y hediondo.

4. Considera los embarazos que habrá para levantar este cuerpo y esconderle en tierra, y que hecho esto, el mundo no pensará más en ti ni quedará más memoria que la poca que tú también de los otros hiciste.

Dirán cuando mucho: Dios le perdone. ¡Oh, muerte, y cuán impetuosa y digna de consideración eres!

5. Considera que al salir del cuerpo el alma, toma su camino, ó á la derecha ó á la izquierda. ¡Ay de mí! ¿dónde irá la mía? ¿qué camino tendrá? No otro, sino aquel que hubiere merecido en este mundo.

#### *Aficiones y resoluciones.*

1. Ruégale á Dios, y échate entre sus brazos. ¡Ay de mí, Señor! recíbeme en tu protección en aquel día espantoso. Alcance yo aquella hora dichosa y favorable, aunque todas las otras de mi vida me sean afligidas y tristes.

2. Menosprecia el mundo. Pues no sé la hora en la cual tengo de dejarte ¡oh mundo! no quiero abrazarme contigo; y vosotros, caros amigos y amados parientes, permitidme que no os tenga más afición sino la de una santa amistad, la cual pueda durar eternamente; porque, ¿de qué servirá unirme con vosotros de suerte que sea necesario deshacer y romper la atadura?

3. Quiero prepararme desde ahora y tomar el cuidado importante para hacer este camino dichosamente: quiero asegurar el estado de mi conciencia con todas veras y poner orden en tales y tales faltas.

#### *Conclusión.*

Da gracias á Dios por esta resolución que te ha dado: ofrécela á su Divina Majestad, y ruégale de nuevo te dé una dichosa muerte por el merecimiento de la de su precioso Hijo. Implora la ayuda de la Virgen y de los santos. *Pater noster, Ave María.*

## CAPÍTULO XIV

### MEDITACIÓN VI. DEL JUICIO.

#### PREPARACIÓN.

1. *Ponte delante de Dios.*
2. *Suplícale que te inspire.*

#### CONSIDERACIONES.

1. En fin, después del tiempo que Dios ha señalado al curso de este mundo, y después de una cantidad de señales y presagios horribles, por los cuales los hombres temblarán de miedo y espanto (1), y viniendo el fuego como un diluvio, quemará y reducirá en ceniza toda la superficie de la tierra, sin reservar ninguna de las cosas que sobre ella había.

2. Después de este diluvio de llamas y rayos, todos los hombres resucitarán de la tierra (fuera de aquellos que han ya resucitado), y á la voz del Arcángel se juntarán en el valle de Josafat. ¡Mas ay, y con cuánta diferencia! porque los unos estarán en cuerpos gloriosos y resplandecientes, y los otros en cuerpos hediondos y horribles.

3. Considera lo majestad con que se mostrará el soberano Juez rodeado de todos los ángeles y santos, delante de sí la Cruz más resplandeciente que el mismo sol, cierta señal de gracia para los buenos y de rigor para los malos.

4. Este soberano Juez (por su justo mandamiento,

(1) S. Lucas, XXI, 26.

el cual será luego ejecutado) separará los buenos de los malos, poniendo los unos á su diestra y los otros á su siniestra: separación eterna, después de la cual nunca más estas dos compañías tornarán á juntarse.

5. Hecha esta separación, y abiertos los libros de las conciencias, se verá claramente la malicia de los malos y el menosprecio de que han usado para con Dios. Asimismo se verá la penitencia de los buenos y los efectos de la gracia de Dios, que han recibido, y ninguna cosa será escondida. ¡Oh, Dios! ¡qué confusión será para los unos y qué consuelo para los otros!

6. Considera la última sentencia de los malos: *Andad, malditos, al fuego eterno, aparejado para el demonio y sus compañeros* (1). Piensa estas tan pesadas palabras: *Andad*, dice, que es un mote de perpetuo desamparo, del cual usa Dios con tales desventurados, desterrándolos para siempre de su cara. Llámalos *malditos*. ¡Oh, alma mía, qué maldición es ésta! Maldición general, que comprende todos los males; maldición irrevocable, que comprende todos los tiempos y la eternidad, juntando con todo esto el fuego eterno. Considera, pues, ¡oh, corazón mío! esta eternidad inmensa. ¡Oh, perpetua eternidad, y cuán espantosa eres!

7. Considera la sentencia contraria de los buenos: *Venid*, dice el Juez (palabra agradable y de salud, por la cual Dios nos tira á sí y nos recibe en el seno de su bondad), *beneditos de mi Padre* (¡oh, amada bendición, que comprende toda bendición!) *poseed el reino que os está aparejado desde la constitución del mundo* (2). ¡Oh, Dios, y qué gracia! porque este reino no tendrá jamás fin.

(1) S. Mateo, xxv, 41.

(2) Idem, 34.

### *Aficiones y resoluciones.*

1. Tiembla, ¡oh, alma mía! con esta memoria. Dios mío, ¿quién me podrá asegurar para este día, en el cual las columnas del cielo temblarán de espanto? (1).

2. Detesta y abomina tus pecados, pues sólo ellos pueden hacer te pierdas en este espantoso día.

Quiero juzgarme á mí misma, porque no sea juzgada: quiero examinar mi conciencia, condenarme, acusarme y corregirme, porque el soberano Juez no me condene en aquel día terrible (2). Confesaréme, pues, y recibiré los avisos necesarios, etc.

### *Conclusión.*

Da gracias á Dios que te dió medios para asegurarte en este día y tiempo para hacer penitencia; ofrécele tu corazón para mejor hacerla; ruégale que te dé la gracia para bien cumplirla. *Pater noster, Ave María.*

## CAPÍTULO XV

### MEDITACIÓN VII. DEL INFIERNO.

#### PREPARACIÓN.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Humíllate y pídele su favor.*

(1) Job, xxvi, 11.

(2) S. Pablo á los Corintios, I-xi, 31.

3. *Imagina una villa tenebrosa, toda ardiendo en azufre y pez, hedionda, llena de ciudadanos, que no pueden salir de ella.*

#### CONSIDERACIONES.

1. Los condenados están en el abismo infernal como en una desventurada villa, en la cual sufren tormentos indecibles en todos sus sentidos y en todos sus miembros, por cuanto así como han empleado todos sus sentidos y sus miembros en el pecado, así sufrirán en todos sus miembros y en todos sus sentidos las debidas penas al pecado. Los ojos, por su falsa y lasciva vista, sufrirán la horrible visión de los diablos y del infierno. Las orejas, por haberse deleitado con discursos viciosos, no oirán jamás sino llantos, lamentaciones y desesperaciones, y así los demás.

2. Fuera de todos estos tormentos, hay uno aún más grande, que es la privación y pérdida de la gloria de Dios, al cual están ciertos no verán jamás.

Si Absalón halló que la privación de la amigable cara de su padre David era más enojosa que su destierro (1), ¡oh, Dios, y qué ansia será el verse para siempre privado de vuestra dulce y suave cara!

3. Considera sobre todo la eternidad de estas penas, la cual sola consideración hace el infierno insoportable. ¡Ay de mí! si una sola pulga en nuestra oreja, si la calor de una pequeña calentura, nos hace una corta noche larga y enfadosa, ¡cuánto más espantosa será la noche de la eternidad con tantos tormentos! De esta eternidad nace la desesperación eterna, la rabia y blasfemias infinitas.

(1) Reyes, II-xiv, 32.

#### *Aficiones y resoluciones.*

Amedrenta tu alma con las palabras de Isaías (1). ¡Oh, alma mía! ¿podrás tú vivir eternamente en estas llamas perdurables? y en medio de este fuego eterno ¿quieres tú dejar á tu Dios para siempre?

Confiesa que le has merecido muchas veces. De aquí adelante quiero tomar el contrario camino. ¿Para qué tengo yo de bajar á este espantoso abismo?

Yo haré, pues, tal y tal esfuerzo para evitar el pecado, el cual sólo me puede dar esta muerte eterna.

*Da gracias, ofrece y ruega.*

## CAPÍTULO XVI

### MEDITACIÓN VIII. DEL PARAÍSO.

#### PREPARACIÓN.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Haz la invocación.*

#### CONSIDERACIONES.

1. Considera una hermosa y serena noche, y cuán agradable es ver el cielo con tanta multitud y variedad de estrellas. Junta ahora esta hermosura con la de un hermoso día, de suerte que la claridad del sol no te

(2) Cap. xxxiii, 14. En las ediciones anteriores á la de 1652 se atribuyen á Job estas palabras de Isaías; en la edición ya citada de Annecy de 1893 se ha corregido este error, haciendo presente que en el libro de Job (cap. xx, vers. 26) se lee también dicho pensamiento.

impida la vista de las estrellas ni de la luna, y después di seguramente que toda esta hermosura junta es nada en comparación de la excelencia del gran paraíso; cuán amigable y digno de deseo es este lugar dichoso, y cuán preciosa esta hermosa ciudad.

2. Considera la nobleza, la hermosura y la multitud de ciudadanos y habitantes de esta dichosa ciudad; los millones de millones de ángeles, de querubines y serafines; la compañía de apóstoles, de mártires, confesores, de vírgenes y santas: la multitud es innumerable. ¡Cuán bienaventurada es esta dichosa compañía! El menor de todos es más hermoso á la vista que todo este mundo visible. ¡Qué gusto será el verlos todos! ¡Oh, Dios mío, y cuán dichosos son! Siempre cantan el dulce canto del amor eterno; siempre gozan de una constante alegría; los unos á los otros se causan mil contentos indecibles, y viven en el consuelo de una dichosa é indisoluble compañía.

3. Considera, en fin, el bien que tienen todos en gozar de Dios, el cual les gratifica para siempre con su amigable vista, por la cual derrama en sus corazones un abismo de regalos. ¡Qué bien tan grande es el estar para siempre unida á su principio! Están allí como dichosos pájaros que vuelan y cantan para siempre en el aire de la Divinidad, el cual los ciñe por todas partes con increíbles placeres. Allí, cada uno á porfía, y sin algún trabajo, canta las alabanzas del Criador: Bendito seas para siempre ¡oh, Soberano y dulce Criador nuestro, que tan bueno eres para con nosotros, comunicándonos tan liberalmente tu gloria! Y recíprocamente bendice Dios con una bendición perpetua todos sus santos. Benditas seáis para siempre

(dice el Señor), mis caras criaturas, que me habéis servido y que me alabaréis eternamente con eterno amor y con eterno contento.

#### *Aficiones y resoluciones.*

1. Engrandece y alaba esta patria celeste. ¡Oh, cuán hermosa eres, mi amada Jerusalén, y cuán bienaventurados los que te habitan!

2. Reprende á tu corazón el poco ánimo que ha tenido hasta ahora, como es el haberse apartado del camino de esta gloriosa morada. ¿Por qué me he apartado yo tanto de mi soberano bien? ¡Ah, miserable de mí, que por estos ligeros placeres sin placer he mil y mil veces dejado estos eternos é infinitos regalos! ¿Qué entendimiento era el mío cuando menospreciaba bienes tan dignos de desear, por deseos tan vanos, caducos y perecederos?

3. Aspira, después de esto, con un vehemente ardor, á este tan regalado día. Pues has sido servido, mi soberano y buen Señor, de enderezar mis pasos en tu santo camino, jamás volveré atrás. Vamos, pues, ¡oh, alma mía! vamos á este eterno descanso: caminemos á esta bendita tierra que nos está prometida. ¿Qué es lo que hacemos en este miserable Egipto? Yo me des- embarazaré, pues, de las cosas que me divierten ó apartan de este camino.

Haré tales y tales cosas que puedan guiarme á él.  
*Da gracias, ofrece, ruega.*



## CAPÍTULO XVII

## MEDITACIÓN IX. Á MANERA DE ELECCIÓN DEL PARAÍSO.

## PREPARACIÓN.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Humíllate delante de él, rogándole que te inspire.*

## CONSIDERACIONES.

Imagina que estás en una campaña sola con tu buen ángel, como estaba el joven Tobías yendo á Rages, y que te hace ver acá arriba el paraíso abierto, con los placeres representados en la meditación que has hecho del paraíso; y después, por la parte inferior, que te hace ver el infierno abierto, con todos los tormentos descritos en la meditación del infierno. Figurándote todo esto por imaginación, y puesta de rodillas delante de tu buen ángel.

1. Considera que es verdaderísimo que estás en medio del paraíso y del infierno, y que el uno y el otro están abiertos para recibirte según la elección que hicieres.

2. Considera que la elección que del uno ó del otro se hace en este mundo, durará eternamente en el otro.

3. Y aunque el uno y el otro estén abiertos para recibirte, según tú eligieres, por eso está Dios aparejado á darte, ó el uno por su justicia ó el otro por su misericordia. Desea, pues, con un entrañable deseo, que aciertes á escoger el paraíso, y que tu buen ángel te ayude con todas sus fuerzas, ofreciéndote de la parte de Dios mil gracias y mil socorros para animarte á tal subida.

4. Desde lo más alto del cielo estará mirando Jesucristo con su acostumbrada mansedumbre, y amorosamente te está convidando. Ven (¡ oh, amada alma mía ! ) al reposo eterno entre los brazos de mi bondad, que te ha prevenido los inmortales regalos en la abundancia de su amor. Mira con los interiores ojos la santa Virgen, qué maternalmente te está convidando. Aliéntate, hija mía, no quieras despreciar los deseos de mi hijo ni tantos suspiros como yo doy por ti, inspirando juntamente con él tu eterna salud. Mira los santos que te exhortan, y un millón de santas almas que amigablemente te convidan, no deseando sino ver un día tu corazón junto al suyo para alabar á Dios para siempre. También te aseguran que el camino del cielo no es tan trabajoso como el mundo le hace: antes te dicen, amiga muy amada: Quien considera bien el camino de la devoción, por el cual nosotros hemos subido á tanta dicha, verá que hemos venido á estos regalos por regalos sin comparación más suaves que los que el mundo vende por más preciosos.

*Elección.*

1. ¡ Oh, infierno ! yo te abomino ahora y para siempre; abomino tus penas y tormentos; abomino tu infortunada y desventurada eternidad, y sobre todo aquellas eternas blasfemias y maldiciones que eternamente fulminas contra mi Dios. Y volviendo mi corazón y mi alma de tu lado, al paraíso hermoso, gloria eterna, felicidad perdurable, digo, que ahora, para siempre, irrevocablemente escojo la morada y asiento de tus sagrados y hermosos palacios, y de tus santos y apetecibles tabernáculos. Yo bendigo, ¡ oh, Dios

mío! tu misericordia y acepto las ofrendas que gustas de hacerme. ¡Oh, Jesús, Salvador mío! yo acepto tu amor eterno y consiento en la adquisición que has hecho para mí de un lugar y casa en esta dichosa Jerusalén, no tanto por ninguna otra cosa como por amarte y bendecirte para siempre.

2. Recibe los favores que la Virgen y los santos te presentan; promételes que te encaminarás á ellos; alargá la mano á tu buen ángel para que te guíe; anima á tu alma á esta elección.

## CAPÍTULO XVIII

MEDITACIÓN X. Á MANERA DE ELECCIÓN QUE EL ALMA  
HACE DE LA VIDA DEVOTA.

### PREPARACIÓN.

1. *Ponte en la presencia de Dios.*
2. *Humíllate delante su cara y pídele su ayuda.*

### CONSIDERACIONES.

1. Imagina que estás otra vez en una campaña sola con tu buen ángel, y que á tu mano izquierda ves el diablo sentado en un grande y elevado trono, con muchos espíritus infernales cerca de sí, y alrededor de él una gran tropa de mundanos, todos los cuales le reconocen y hacen reverencia. Mira el ademán de todos los infortunados cortesanos de este abominable rey; mira unos furiosos de enojo, de envidia y de cólera; otros

que se matan; otros tristes, pensativos y embarazados en adquirir riquezas; otros sólo atentos á la vanidad, sin ninguna suerte de placer que no sea inútil y vana; otros perdidos, hediondos, podridos en sus brutales pasiones. ¿No ves como todos éstos están sin reposo, sin orden y sin concierto? Mira cómo se menosprecian los unos á los otros y cómo no se aman sino con falsos semblantes. En fin, verás una miserable república, tiranizada de este rey maldito, y tal, que te hará no poca compasión.

2. Á tu lado derecho ves á Jesucristo crucificado, que con un amor cordial ruega por estos pobres endemoniados, para que salgan de esta tiranía llamándolos á sí. Mira una gran tropa de devotos que están alrededor de él con sus ángeles; contempla la hermosura de este reino de devoción; cuán agradable es la vista de esta tropa de vírgenes, hombres y mujeres, más blancos que la flor de lis; esta junta de viudas, llenas de una sagrada mortificación y humildad. Mira la compañía de muchas mujeres casadas, que con tanta suavidad viven juntas con un espíritu recíproco, y el cual no puede sin ser una grande caridad. Mira como estas devotas almas mantienen el cuidado de su casa exterior, con cuidado de la interior, el amor del marido con aquel del Esposo celeste. Mira generalmente por todo, veráslos á todos en una santa continencia, dulce y amigable, y cómo están todos oyendo á nuestro Señor, deseándole imprimir en medio de su corazón.

Alégranse, pero con una alegría graciosa, caritativa y bien reglada: ámanse, pero con un amor sagrado y purísimo. Los que tienen sus deseos en este pueblo devoto, no se atormentan mucho ni pierden punto.

En fin, mira los ojos del Salvador, que los consuela, y que todos juntos aspiran á él.

3. Si bien tú has dejado á Satanás con su triste y desventurada tropa, por medio de los buenos deseos que has concebido, con todo eso no has aún llegado al rey Jesús ni juntádote á su dichosa y santa compañía de devotos; antes has siempre estado entre los unos y los otros.

4. La santa Virgen con S. José, S. Luis, santa Mónica y otros mil que están en el escuadrón de los que han vivido en el mundo, te convidan y animan.

5. El crucificado Rey te llama por tu nombre propio: Ven, ¡oh, mi amada! ven para que yo te corone (1).

#### *Elección.*

1. ¡Oh, mundo abominable! nunca más me verás seguir tu bandera. Ya he dejado para siempre tus vanidades y locuras, ¡oh rey de orgullo, rey de desventura, espíritu infernal! Yo te renuncio con todas tus vanas pompas, yo te detesto con todas tus obras.

2. Y convirtiéndome á ti, mi dulce Jesús, rey de bienaventuranza y de gloria eterna, yo te adoro de todo corazón y te escojo ahora y para siempre por mi rey y por mi único príncipe, ofreciéndote mi inviolable fidelidad y haciéndote un homenaje irrevocable. Sujétome, Señor, á la obediencia de tus santas leyes y preceptos.

3. ¡Oh santa Virgen, amada, Señora mía! yo te escojo por mi guía, me pongo debajo de tu estandarte,

(1) Cantares, iv, 8.

ofreciéndote un particular respeto y una especial reverencia.

¡Oh ángel santo! guíame á esta junta, y no me desampares hasta que llegue á esta dichosa compañía, con la cual digo y diré para siempre en testimonio de mi elección: ¡Viva Jesús, viva Jesús!

## CAPÍTULO XIX

### CÓMO SE HA DE HACER LA CONFESIÓN GENERAL

Ves ahí, mi querida Filotea, las meditaciones importantes á nuestra intención. Cuando las hubieres ejercitado, ve luego animosamente y con un espíritu humilde á hacer tu confesión general. Pero ruégote no te dejes inquietar de ninguna suerte de aprensión. El escorpión, cuando nos pica, es venenoso; pero su mismo aceite es una muy grande medicina contra su misma picadura (1). El pecado no es vergonzoso sino cuando le cometemos; pero convirtiéndole en confesión y penitencia, es honroso y saludable. La contrición y confesión son tan hermosas y de buen olor, que quitan la fealdad y disipan la hediondez del pecado. Simón el leproso decía que la Magdalena era pecadora; pero nuestro Señor dice que no: sólo habla de los perfumes que derramó y de la grandeza de su caridad (2). Si es que somos humildes, Filotea,

(1) Cf. Mattioli, in Dioscorid., lib. VI, c. viii.

(2) S. Lucas, vii, 39 seq.

nuestro pecado nos desagradará mucho, viendo que con él tenemos á Dios ofendido; pero la acusación de nuestro mismo pecado nos será dulce y agradable, por cuanto en ella nuestro Dios es honrado. No poco descanso es para el enfermo el informar bien al médico del mal que le atormenta. Cuando habrás llegado delante de tu padre espiritual, imagina que estás en el monte Calvario, debajo de los pies de Cristo crucificado, cuya sangre preciosa, que por todas partes derrama, es para lavar tus iniquidades; porque aunque no sea ésta la propia sangre del Salvador, es el merecimiento de esta sangre derramada la que rocía y se derrama alrededor de los penitentes en los confesonarios por medio de la confesión. Abre, pues, bien tu corazón para que mejor salgan tus pecados, porque á medida de como ellos salieren, los preciosos merecimientos de la pasión divina entrarán á henchirle de bendición. Di todo lo que te acusare, no con rodeos, sino simple y desnudamente, contentando y satisfaciendo á tu conciencia, que es á lo que te dispusiste. Hecho esto, escucha los advertimientos y todo aquello que te ordena el siervo de Dios, y di en tu corazón: *Hablad, Señor, que vuestra sierva os escucha* (1). Sí, Dios es, Filotea, el que escucha, pues dijo el Señor á sus vicarios: *Quien os oye, me oye* (2). Toma después entre manos la siguiente protestación, la cual sirve de conclusión á toda tu contrición. Méditála y considérala bien primero, leyéndola con el mayor sentimiento y atención que sea posible.

(1) Reyes, I-III, 9.

(2) S. Lucas, x, 16.

## CAPÍTULO XX

PROTESTACIÓN AUTÉNTICA PARA GRABAR EN EL ALMA  
LA RESOLUCIÓN DE SERVIR Á DIOS, Y CONCLUIR  
LOS ACTOS DE PENITENCIA.

Yo afirmo, constituyo y establezco en la presencia de Dios eterno, y de toda la corte celestial, habiendo considerado la inmensa misericordia de su divina bondad para conmigo, indigna y apocada criatura, y que me ha criado de nada, conservado, sustentado y librado de tantos peligros y colmado de tantos bienes recibidos; y sobre todo considero esta incomprensible dulzura y clemencia con la cual este buen Dios me ha sufrido en mis iniquidades, inspirándome tan á menudo y tan amigablemente, convidándome á la enmienda, esperándome con tanta paciencia á penitencia y arrepentimiento, hasta este presente año de mi edad, no obstante mi ingratitud, deslealtad é infidelidad, por las cuales, defiriendo mi conversión y menospreciando sus gracias, le he ofendido con tanta desenvoltura. Después de haber considerado que en el día de mi sacramento bautismo fuí tan dichosa y santamente votada, y dedicada para ser su hija, y que contra la profesión que entonces fué hecha en mi nombre, he tantas y tantas veces tan desdichada y detestablemente profanado y violado mi espíritu, empleándole y aplicándole contra la Majestad divina; en fin, volviendo ahora en mí, postrada de corazón y de espíritu ante el trono de la Justicia divina, me conozco, tengo y confieso por legítimamente convencida y culpable de la muerte y pa-

sión de Jesucristo, y esto por los pecados que he cometido, por los cuales murió y sufrió el tormento de la cruz; de manera que soy consecutivamente digna de perdición y condenación eterna.

Pero volviéndome hacia el trono de la infinita misericordia de este mismo Dios eterno, después de haber detestado con mi corazón y fuerzas las iniquidades de mi pasada vida, invoco y pido humildemente piedad, gracia y perdón, con entera absolución de mi crimen, en virtud de la muerte y pasión de este mismo salvador de mi alma, en la cual apoyándome, como en el único fundamento de mi esperanza, rehago y renuevo la sacra profesión de la fidelidad, hecha de mi parte á mi Dios en mi bautismo, renunciando al diablo, mundo y carne, detestando sus desdichadas sugerencias, vanidades y concupiscencias por todo el tiempo de mi vida presente y de toda la eternidad; y convirtiéndome á mi buen Dios, deseo, propongo, libero y me determino irrevocablemente servirle y amarle ahora y para siempre, dándole á este fin, dedicándole y consagrándole mi espíritu con todas sus facultades, mi alma con todas sus potencias, mi corazón con todas sus aficiones, mi cuerpo con todos sus sentidos, protestando de nunca más emplear parte ninguna de mi ser contra la voluntad divina y soberana Majestad, á la cual me sacrifico y ofrezco en espíritu, para serle para siempre leal, obediente y fiel criatura, sin que jamás quiera desdecirme ni arrepentirme. Y si por sugestión del demonio ó por alguna enfermedad humana me sucediese contravenir en algo á esta mi resolución, desde ahora protesto y propongo, mediante la gracia del Espíritu Santo, levantarme y volver en

mí, al punto que conozca mi falta, convirtiéndome de nuevo á la misericordia divina, sin tardanza ni dilación alguna. Esta es mi voluntad, mi intención y mi resolución inviolable é irrevocable, la cual consiento y confirmo sin réplica ni excepción, en la presencia divina de mi Dios, á la vista de la Iglesia triunfante y á la cara de la Iglesia militante, mi madre, que entiende esta mi declaración en la persona de aquel que como artífice de ella me escucha en esta acción. Sírvete, pues, ¡oh, mi buen Dios eterno, todopoderoso y benigno, Padre, Hijo y Espíritu Santo! confirmar en mí esta resolución y aceptar este mi sacrificio cordial é interior en olor de suavidad; y como has sido servido de darme la inspiración y voluntad de hacerle, dame también gracia y fuerzas necesarias para acabarle. ¡Oh, Dios mío! tú eres mi Dios (1), Dios de mi corazón (2), Dios de mi alma, Dios de mi espíritu, y por tal te reconozco y adoro ahora y para siempre. ¡Viva Jesús!

## CAPÍTULO XXI

### CONCLUSIÓN PARA ESTA PRIMERA PURGACIÓN.

Hecha esta protestación, oye atenta, con todo tu corazón y espíritu, la palabra de tu absolución, la cual el Salvador mismo de tu alma, sentado en el trono de su misericordia, pronunciará desde el trono de su Ma-

(1) Salmos, xv, 1.

(2) Ídem, lxxii, 25.

jestad en el cielo, delante de todos los ángeles y santos, al mismo tiempo que en su nombre acá abajo te absuelve el sacerdote: y alegrándose toda esta compañía de bienaventurados con tu buena suerte, cantará el canto espiritual con una sin igual alegría, dando todos el beso de paz y amistad á tu corazón, puesto ya en gracia y santificado.

¡Oh, querida Filotea, y cuán admirable es este contrato, por cuyo medio haces un trato dichoso con su divina Majestad, pues dándote á ella, vienes á ganarla y á ganarte, mediante la vida eterna! No falta, pues, otra cosa, sino que tomando la pluma en la mano, firmes con tu corazón el acto de tu protesta, y que después vayas al altar, donde Dios recíprocamente firmará y sellará tu absolución, y la promesa que te hará de su santo reino, poniéndose él mismo por su Sacramento, como una neta y sello sagrado sobre tu renovado corazón (1). De esta manera me parece, Filotea, que quedará tu alma purgada del pecado y todas las aficiones que de él dependen. Mas por cuanto estas aficiones renacen fácilmente en el alma por causa de nuestra fragilidad y concupiscencia, la cual, aunque mortificada, no puede morir durante esta mortal vida, te daré avisos, los cuales, bien practicados, te preservarán del pecado mortal para que nunca más tenga lugar en tu corazón. Y por cuanto los mismos avisos aun sirven para una purificación más perfecta, quiero, antes de dártelos, decirte alguna cosa acerca de esta pureza, á la cual deseo conducirte.

(1) Cantares, viii, 6.

## CAPÍTULO XXII

QUE ES MENESTER PURGARSE DE LAS AFICIONES  
QUE SE TIENEN Á LOS PÉCADOS VENIALES.

Cuanto mayor es la luz del día, tanto mejor y más claramente vemos en el espejo los defectos y manchas de nuestro rostro; de la misma manera, cuanto mayor es la luz interior del Santo Espíritu con que alumbramos nuestras conciencias, tanto más clara y distintamente vemos los pecados, inclinaciones é imperfecciones que nos pueden estorbar el conseguir la verdadera devoción; y la misma luz que nos hace ver estas faltas, nos anima al deseo para purgarnos y limpiarnos de ellas.

Descubrirás, pues, amada Filotea, que fuera de los pecados mortales y sus aficiones, de que te has purgado por los ejercicios ya dichos, tienes aún en tu alma muchas inclinaciones y aficiones á los pecados veniales. No digo yo que descubras los pecados veniales, sino la inclinación y afición que les tienes. Lo uno es bien diferente de lo otro; porque realmente no podemos estar del todo limpios de pecados veniales, ó á lo menos perseverar largo tiempo en esta pureza; mas podemos bien no tenerles ninguna afición. Una cosa es mentir una vez ó dos por alegría de corazón en cosas de poca importancia, y otra cosa es el deleitarse en mentir y tener afición á esta suerte de pecado.

Digo, pues, que es menester limpiar el alma de toda la afición que tienes á los pecados veniales, esto es, que no se ha de preciar la voluntad de continuar y perseverar en ninguna suerte de pecado venial; por

que también sería una gran flojedad el querer adrede guardar en nuestra conciencia una cosa tan desagradable á Dios como es la voluntad de quererle displecer. El pecado venial, por pequeño que sea, desagradará á Dios, aunque no tanto que por él quiera perdernos ó condenarnos. Si el pecado venial le desplace, y la voluntad y afición que se tiene al pecado venial no es otra cosa sino una resolución de querer desagradar á su divina Majestad, ¿será, pues, posible, que una alma noble quiera, no solamente desagradar á Dios, mas deleitarse en desagradarle?

Estas aficiones, Filotea, son directamente contrarias á la devoción, como las aficiones que se tienen al pecado mortal son también contrarias á la caridad; las primeras desmayan las fuerzas del espíritu, estorban las consolaciones divinas y abren la puerta á las tentaciones; y aunque es verdad que no matan el alma, con todo eso la enferman en extremo. Las moscas (dice el Sabio) que mueren en el suave unguento, echan á perder y dañan su suavidad (1); mas las que de paso comen de él, no dañan sino lo que toman, quedando lo demás libre de alguna ofensa. Así, los pecados veniales, cuando llegan á un alma devota y no se detienen mucho tiempo en ella, no la dañan mucho; mas si estos mismos pecados hacen asiento en el alma, por la afición que ella les tiene, harán perder sin duda y dañarán la suavidad del unguento, esto es, la santa devoción.

Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan y corrompen su miel, y enredan y rompen los hilos de la tela que hacen, que-

(1) Eclesiástico, x, 1.

dando las abejas sin poder continuar en su obra. Así, el pecado venial no mata nuestra alma, pero pierde la devoción y ocupa tanto las potencias del alma con malas costumbres é inclinaciones, que la impide el ejercicio y prontitud de la caridad, en la cual consiste la devoción; pero esto se entiende cuando el pecado venial se junta en nuestra conciencia por la afición que le tenemos. No importa, Filotea, el decir alguna pequeña mentira, desreglarse un poco en las palabras, en acciones, en vestidos, en alegrías, en juegos, en danzas, como al mismo punto que estas arañas espirituales haya entrado en nuestra conciencia las rechacemos y despidamos de ella, como hacen las abejas con las arañas corporales. Mas si las permitimos se queden en nuestros corazones, y no sólo esto, sino que nos inclinamos á detenerlas y multiplicarlas, presto veremos nuestra miel perdida y la colmena de nuestra conciencia infecta y deshecha. Y así, digo otra vez: ¿en qué razón cabe que una alma noble se deleite en displecer á su Dios, y aficione á serle desagradable y quiera intentar lo que sabe que le es enojoso?

## CAPÍTULO XXIII

QUE SE HA DE PURGAR DE LA AFICIÓN  
QUE SE TIENE Á LAS COSAS INÚTILES Y PELIGROSAS.

Los juegos, los bailes, los festines, las pompas, las comedias, en su sustancia, no son de ninguna manera cosas malas, antes indiferentes, por cuanto su ejercicio

puede ser bueno y malo; con todo eso todas estas cosas son peligrosas, y el aficionarse á ellas aun más peligroso. Digo, pues, Filotea, que aunque se permita el jugar, danzar, adornarse, oír honestas comedias, banquetear, no por eso el tener afición á todo esto deja de ser contra la devoción y por extremo dañoso y peligroso; no es malo el hacerlo acaso, pero es malo el aficionarse á ello. Lástima es el sembrar en la tierra de nuestros corazones aficiones vanas y locas: esto ocupa el lugar de las buenas impresiones y estorba que nuestra alma no se emplee en buenas inclinaciones. Así, los antiguos nazarenos se abstentían, no sólo de todo aquello que podía causarles embriaguez, sino también de las uvas y pámpanos (1), no porque la uva y el pámpano emborrachen, sino por el peligro que había, comiendo el pámpano, de despertar el deseo de comer la uva, y comiendo la uva, de provocar el apetito á beber el mosto y el vino.

Los ciervos, hallándose cargados y repletos del demasiado pasto, se retiran y esconden en sus guaridas, conociendo serles la gordura tan pesada, que no podrían usar de su veloz curso si acaso fuesen embestidos. Así, el corazón del hombre, cargándose de estas aficiones inútiles, superfluas y peligrosas, es cierto que no puede pronta, ligera y fácilmente correr á su Dios, que es el verdadero punto de la devoción. Los niños pequeños se aficionan y corren tras las mariposas, cosa que nadie tiene por mala viendo que son niños; pero es cosa ridícula y aun lamentable el ver á hombres ya hechos darse y aficionarse á cosas tan indignas de ma-

(1) Números, vi, 3.

durez como las cosas que he nombrado, las cuales, fuera de su vileza, nos ponen en peligro de desreglarnos y desordenarnos en su alcance. Por esta razón te digo, querida Filotea, que es necesario purgarte de estas aficiones; que aunque los actos no son siempre contrarios á la devoción, con todo eso las aficiones le son siempre dañosas.

## CAPÍTULO XXIV

QUE SE HA DE PURGAR DE LAS MALAS INCLINACIONES.

Aun tenemos, Filotea, ciertas inclinaciones naturales, las cuales, por no haber tomado su origen de nuestros pecados particulares, no son propiamente pecados ni mortales ni veniales; mas llámanse imperfecciones, y sus actos defectos y faltas. Por ejemplo, santa Paulina, según recita S. Jerónimo, tenía una grande inclinación á las tristezas y melancolías; y en la muerte de sus hijos y marido, fué tanta su tristeza y sentimiento, que hubo de morir de pena (1). Esta era imperfección y no pecado, por cuanto obraba contra su voluntad. Hay algunos que de su natural son fáciles, otros tardíos, otros duros en recibir las opiniones ajenas, otros inclinados á la indignación, otros á la cólera, otros al amor, y en suma, se hallan muy pocas personas en las cuales no se pueda señalar alguna suerte de imperfecciones. Y aunque éstas sean

(1) Ep. cviii, ad Eustoch, in Epitaph, Paulæ, § 20.



como propias y naturales á cada una, si es que por el cuidado y afición contraria se pueden corregir y moderar, también se podrán desechar y despedir; y aun es necesario, Filotea, que lo hagas. Si se ha hallado el medio de trocar los almendros amargos en almendros dulces, sólo con agujerearles el pie para que por allí salga el humor (1), ¿por qué no podremos nosotros hacer salir nuestras inclinaciones perversas, para que así nos mejoremos? No hay natural tan bueno que no pueda malearse con costumbres viciosas, ni hay tampoco natural tan arisco y malo que por la gracia de Dios primeramente y después por la industria y diligencia, no pueda domarse y vencerse. Quiero comenzar, pues, á darte avisos y proponerte ejercicios, por cuyo medio purgarás tu alma de la afición que á los pecados veniales tienes, de todas aficiones peligrosas y de las imperfecciones; y así asegurarás de más en más tu conciencia de pecado mortal. Dete Dios la gracia para bien practicarlos.

(1) Plin. *Hist. Nat.*, lib. XVII, c. xxvii (al xliii).

## SEGUNDA PARTE DE LA INTRODUCCIÓN

EN LA CUAL  
SE CONTIENEN DIVERSOS AVISOS  
PARA LEVANTAR EL ALMA A DIOS  
POR  
LA ORACIÓN, Y SACRAMENTOS.

### CAPÍTULO PRIMERO

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN.

1. La oración pone nuestro entendimiento en la claridad y luz divina, y expone nuestra voluntad al calor del amor celeste; no hay cosa que limpie tanto nuestro entendimiento de sus ignorancias y nuestra voluntad de sus depravadas aficiones. Es el agua de bendición que con su rocío hace reverdecer y florecer las plantas de nuestros buenos deseos, lava nuestra alma de sus imperfecciones y mata al corazón la sed de sus pasiones.

2. Mas sobre todo te aconsejo la mental y cordial, y particularmente la que se hace á la vida y muerte de nuestro Señor. Mirándole á menudo por medio de